

DR. EUGENIO BEITIA ALDAZABAL

EL ECUMENISMO

Los caminos de la unidad cristiana

PUBLICACIONES

DE LA

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL
MENENDEZ PELAYO

19

SANTANDER

1963

BX
8.2
.B39
1963

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENENDEZ PELAYO

*Pregón de la Universidad In-
ternacional Menéndez Pelayo,*
Jaime Delgado.

*Posición psicológica y pedagó-
gica de España ante los valores
del espíritu,* Pedro Font Puig.

Justa retribución del trabajo,
Fr. Albino G. Menéndez-Rei-
gada.

*Consideraciones en torno de la
poesía y de su esencia,* Luis Mo-
rales Oliver.

*Isabel la Católica. Sus retra-
tos, sus vestidos, sus joyas,* Die-
go Angulo Iñiguez.

*Isabel y Fernando, Reyes de
Castilla, y Menéndez Pelayo,*
Académico de la Historia, Ci-
riaco Pérez-Bustamante.

*¿Una tercera guerra univer-
sal?,* Pedro Gómez Aparicio.

*Los orígenes de las literaturas
románticas a la luz de un des-
cubrimiento reciente,* Ramón Me-
néndez Pidal.

Cantabria romana, Antonio
García y Bellido.

*Una experiencia cultural en
Santander,* Francisco Sintés y
Obrador.

*Presencia de España en el ar-
te moderno y Problemática del
arte contemporáneo,* José Ca-
món Aznar.

*Sobre el arte rupestre cantá-
brico,* Luis Pericot García.

*La unidad de la lengua en los
pueblos hispánicos,* Julio Casa-
res.

(Pasa a la solapa posterior)



63
al, Eugenio.



Digitized by the Internet Archive
in 2014

Discurso pronunciado
en la apertura solemne de los Cursos 1963,
en el Paraninfo de Las Llamas.

EL ECUMENISMO
LOS CAMINOS DE LA UNIDAD CRISTIANA

✓
DR. EUGENIO BEITIA ALDAZABAL

EL ECUMENISMO

Los caminos de la unidad cristiana

PUBLICACIONES
DE LA
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL
MENENDEZ PELAYO

19

SANTANDER

1963

Depósito legal: SA 125—1963.

Registro: S 97.—1963.

Bedia. Santander.

INTRODUCCION

Jamás había pensado yo, al encargarme de esta lección inaugural de la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo" que había de coincidir la redacción de sus páginas con la muerte del Papa Juan XXIII. Y, sin embargo, ha sido esta una realidad dolorosa, que pesa fuertemente sobre mí en el momento de dictar la lección. El Papa Juan XXIII, el Papa de la bondad y de la paz, que vivió tan intensamente todos los problemas de la unidad cristiana, ha muerto. Yo tengo que comenzar recordándole porque este ideal de la unidad de todos los cristianos fue largamente acariciado por él, desde el primer momento en que como Pontífice Soberano de la Iglesia universal se dirigió al mundo. Recordamos también tantas expresiones suyas en los instantes en que anunció el Concilio Ecuménico Vaticano II y fue poco a

poco desenvolviendo su pensamiento. Lanzaba él una "invitación renovada a los fieles de las Comunidades separadas para que nos acompañen amablemente en la búsqueda de la unidad de la gracia, por la que tantas almas suspiran en todos los puntos de la tierra". Fijaba la finalidad propia del Concilio en "promover el incremento de la Iglesia católica, producir una saludable renovación en las costumbres del pueblo cristiano y poner el día las leyes que rigen la disciplina eclesiástica, según las necesidades de nuestro tiempo". Esperaba que "esto constituyera un maravilloso espectáculo de unidad, verdad y caridad, tal que al contemplarlo, aun los que vivían separados de la Sede Apostólica sentirían una suave invitación a buscar y lograr esa unidad por la que Jesucristo dirigió al Padre celestial sus ardientes plegarias".

Cuando hablaba a los "separados" los llamaba hermanos y razonaba así esta apelación: "Quiéran o no hermanos nuestros son; sólo dejarían de ser nuestros hermanos, si dejaran de decir: Padre nuestro".

Y en cuanto al desarrollo de todos los "Movimientos", que pueden clasificarse en general como ecumenistas, mostraba su complacencia y simpatía con estas palabras que son perenne aliento para cuantos están empeñados en tan noble tarea: "Sa-

bemos por otra parte, con gran consuelo nuestro, que en estos últimos tiempos se ha venido creando, en el seno de no pocas comunidades separadas de la Cátedra de Pedro, cierto movimiento de simpatía hacia la fe y hacia las instituciones católicas y que al estudio de la verdad que disipa los prejuicios, ha sucedido una estima considerable hacia esta Sede Apostólica. Sabemos además, que casi todos los que llevan el nombre de cristianos, a pesar de estar separados de Nos y separados también de sí mismos, han efectuado reuniones y organizado asambleas; todo lo cual está demostrando el vehemente deseo que les impele a realizar por lo menos alguna unidad”.

Ante estos sentimientos que tan espontáneamente brotaban del corazón mismo del Papa, no necesitaré largos argumentos para justificar mi deseo de dedicar a su memoria estas consideraciones sobre el ecumenismo y los caminos para lograr la unidad cristiana.

LUCES Y SOMBRAS

Tratemos ante todo de orientar genéricamente el problema. El cristianismo no es un puro sentimiento religioso por elevado que parezca, nacido

de la "indigencia de lo divino", como querían los modernistas de principios de siglo. El cristianismo es Cristo mismo, perpetuado en su obra. Es Cristo en su persona y en su mensaje. Cristo que llama a su seguimiento. El conjunto de todos los "llamados" forma la Iglesia.

¿Cuál es el vínculo que une a quienes se sienten "llamados" y forman la Iglesia? Es una renovación interna operada por la fe y la penitencia, y un signo exterior que les acompañará, con su carácter indeleble y para siempre: el bautismo. Así lo dice San Pedro el primero de los Apóstoles a los que escuchan su primer "pregón". "Haced penitencia y bautícese cada uno de vosotros". (Actos, 2, 38).

El cristianismo informa toda la vida, ¿cuáles serán sus características? Según el mismo libro de los Actos de los Apóstoles, "perseverar en la doctrina apostólica, en la fracción del pan eucarístico, en la oración y en la caridad". ¿Cuál es sus constantes históricas? Un deseo de crecimiento en extensión hasta el último confín de la tierra, un progreso intensivo del espíritu hasta la santidad heroica, la efusión del amor al prójimo en las obras de beneficencia y en el cumplimiento de toda justicia y, por fin, la unidad plena y consumada como la unidad del Padre y del Hijo. Señales por las que se podrá siempre discernir la presencia

de Cristo en la Iglesia. Problemas abiertos para esta Iglesia, que se siente en camino, que es "Iglesia militante" y por tanto constantemente perfectible, en su realización terrena.

El Ecumenismo, que más tarde definiremos, fija especialmente su atención en el tema de la unidad. Tema predilecto de Cristo en su oración sacerdotal, tema desarrollado ampliamente por el Apóstol San Pablo en sus Cartas, tema tratado con mimo por todos los Papas, especialmente por Juan XXIII a cuya memoria hemos dedicado esta lección, tema que penetra en la entraña del pueblo cristiano, que lo vive y lo siente, pensando que está cercana la hora en que se podrá decir que todos los seguidores de Cristo son un solo cuerpo, están alimentados por el mismo pan eucarístico, constituyen un solo rebaño, bajo el cayado del mismo Pastor.

Tema que tiene dos caras, que es fácil en su planteamiento y difícil en su solución, alegre y triste, con luces esplendorosas y sombras durísimas, zonas de penumbra y siempre presenta una gran esperanza que nos alienta.

Tema que pide nuestra cooperación en el respeto a las almas, en la ausencia de todo deseo de victoria personal, fuera de la victoria de Cristo mismo y que para nosotros los católicos lleva especiales matices de fidelidad a la Santa Sede y a

su Magisterio, en todos los pasos de su realización.

Por lo que hace al pensamiento de Cristo tiene su expresión vigorosa en su deseo de que el "reino" permanezca hasta la consumación de los siglos. Ha de permanecer unido porque "todo reino dividido será desolado". (San Mateo, 12, 25). La unidad por tanto ha de ser la ley fundamental de la vida de la Iglesia, pero no una unidad cualquiera, sino una unidad perfecta, "para que crea el mundo que me has enviado". (San Juan, 17).

Este pensamiento evangélico lo desarrolla San Pablo ante la Iglesia naciente, recomendando a los fieles de Efeso que sean "solicitos en conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz. Porque sólo hay un cuerpo y un espíritu. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos que está sobre todos, por todos y en todos". (A los Efesios, 4, 3).

Ya hemos tenido ocasión de decir que sobre ningún tema se ha expresado con mayor dramatismo el llorado Papa Juan XXIII como sobre este el de la unidad. En sus llamamientos repetidos desde sus primeras palabras en la homilía de la coronación. A veces el tema cobra toda su amplitud como en primera encíclica "Ad Petri Cathedram", en cuya parte tercera el tema de la unidad es tratado en todos sus aspectos, terminando con aquel emocionante llamamiento: "Al

llamaros amorosamente a la unidad de la Iglesia no os convocamos a una casa ajena, sino a la propia vuestra, a la que es común casa paterna". "Lo hacemos no solamente movidos por encendida caridad hacia todos los pueblos, sino también estimulados por evangélica humildad de espíritu".

Pero además este anhelo de unidad cifra el sentimiento más entrañable del pueblo. Puede decirse que el sentimiento de júbilo que inundó al mundo cristiano al anuncio del Concilio ha tenido como tónica primera la esperanza de la unidad. El pueblo ha pensado que la Asamblea universal estaba íntimamente unida con la vuelta de los hermanos. Todas las noticias que han tenido relación con el problema han ocupado el lugar más principal en la información conciliar. La presencia de los observadores, la existencia del Secretariado de Enlace, dirigido por el Cardenal Bea, las visitas de los dirigentes separados a Roma con las manifestaciones de Constantinopla o Canterbury, Moscú o Atenas figuraron siempre en lugar destacadísimo.

Tema lleno de luz. Cuando miramos la historia de la Iglesia Católica, ejemplo maravilloso de unidad en la fe, en la jerarquía, en la administración de la gracia, esa luz se vierte a raudales. La Iglesia Católica nos ha demostrado que la unidad no es una propiedad puramente escatoló-

gica, sino de actualidad constante. Y hoy más que nunca, como decía en su tiempo el Cardenal Mercier a un periodista, resplandece la unión íntima de toda la catolicidad con el centro "donde la unidad sacerdotal ha tenido su origen", de suerte que podemos decir que "donde está Pedro allí está la Iglesia y donde está la Iglesia una y santa, no hay muerte sino vida eterna".

Pero no es tema exento de sombras. Humilmente podemos señalar esas sombras en el elemento humano de la Iglesia. No es preciso recargar las tintas. Pero tampoco vamos a volver la mirada del Oriente separado, dividido en iglesias autocéfalas donde la unidad jerárquica ha disminuído y ha hecho muy difícil el ejercicio del magisterio. Tampoco hemos de olvidarnos de la multiplicidad fraccionada del protestantismo, por el principio del libre examen. Parecidas consideraciones pudiéramos hacer sobre el resto del cristianismo separado. No recargamos las tintas. Si es caso, a la hora de analizar circunstancias históricas, apuntemos nosotros las que se pueden cargar a nuestra cuenta.

Pero nos parece que vamos caminando de la aurora al pleno día. Porque, como hemos dicho, no hay cristiano consciente que no añore la unidad. Ayer no era así. A principios de este siglo el teólogo luterano Harnack decía: Se nos objeta

que estamos divididos con tantas doctrinas como cabezas. Yo respondo: Es verdad. Pero no deseamos otra cosa, sino al contrario, más libertad, y más individualismo en las creencias y en la expresión". Hoy este lenguaje sería totalmente rechazado. Los católicos jamás lo habían empleado y lo repelen los separados, que, como veremos, han buscado meritoriamente un terreno común de trabajo, que ha venido a llamarse ecumenismo.

Hoy se siente la inquietud de la unidad y se lamenta la dispersión, en el mundo oriental separado y en el protestante, en el anglicano y en el católico de todas las latitudes. Desde Edimburgo hasta Nueva Delhi los nombres de los apóstoles de la unidad son legión y los nombres de los Movimientos, como "Vida y Acción", "Fe y Disciplina", que desembocan en el Consejo Mundial de las Iglesias, las Conversaciones al estilo de las de Malinas, las obras de mutua comprensión como la "Una santa", las cruzadas de oraciones aquí y allá, pongamos por ejemplo Chevetogne y Taizé, abren el pecho a las mejores esperanzas.

Para no engañarnos tratemos de señalar la meta deseada. Queremos una identificación permanente. No nos bastan planes de trabajo esporádicos y uniones temporales. No buscamos un federalismo, ni nos contentamos con un fundamentalismo, ni pretendemos una pura mezcla, un mero

sincretismo. Si la palabra "vuelta o retorno" no se acepta universalmente, utilicemos la palabra "reencuentro" y fijemos el lugar donde volveremos a encontrarnos, que será la Iglesia "una santa" del Evangelio y de San Pablo. Con la máxima caridad y comprensión en los procedimientos, con la oportuna firmeza en la doctrina con plena confianza en Dios, pongámonos al trabajo.

ECUMENISMO Y MISION

Y comencemos por afirmar que este trabajo es necesario y urgente si hemos de cumplir la consigna cristiana de dilatar el mensaje salvador de Jesucristo hasta el último confín de la tierra. Cuando se habla de los orígenes del movimiento ecumenista, todos los escritores suelen contar la decisiva intervención que el año 1910 tuvo un delegado protestante de las jóvenes iglesias de Extremo Oriente, cuyo nombre no ha sido conservado, pero cuyo llamamiento no ha podido ser olvidado. Se trataba de la conferencia universal de las "sociedades protestantes de misión" que tenía lugar en Edimburgo. En esta vasta asamblea en que se abordaron todos los aspectos del problema misionero, el antedicho delegado se puso en pie

y dijo con emoción las siguientes palabras: "Vosotros nos habéis enviado misioneros que nos han hecho conocer a Jesucristo y os damos las gracias por ello. Pero al mismo tiempo nos habéis traído vuestras distinciones y vuestras divisiones: Los unos predicán el metodismo, los otros el luteranismo, el congregacionismo o el episcopalismo. Os pedimos simplemente que nos prediquéis el evangelio y que dejéis a Cristo suscitar en el seno de nuestros pueblos por la acción del Espíritu Santo la Iglesia conforme a sus exigencias, conforme al genio de nuestra raza, que será la Iglesia de Cristo en el Japón, la Iglesia de Cristo en China, la Iglesia de Cristo en la India, liberada de todos esos "ismos" que añadís a la predicación del evangelio entre nosotros". Entre los asistentes se hallaba presente Ch. Brent, de la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos, que recibió una gran impresión ante este discurso. Y prometió al Señor trabajar desde entonces por la unidad de la Iglesia. El movimiento ecuménico entre los protestantes había nacido.

Los católicos también hemos sentido el impacto de ese mensaje cristiano que, en ambiente tan poco favorable, presentan los misioneros a la consideración de los paganos. Consideremos que estos "espectadores" del exterior son casi los dos tercios de la humanidad y que no ha de favorecer

precisamente la penetración evangélica entre ellos, el que la sencillez elemental de sus principios religiosos tenga que enfrentarse con el tremendo problema de la división de las Iglesias.

Al llegar a este punto tengo que decir cosas tan importantes y, al mismo tiempo, tan duras que a pesar de mi carácter episcopal, no me atrevo a usar de mis palabras propias y de mis consideraciones personales y voy a utilizar una página de un insigne misionero, el Padre Pablo Manna, que, tenía una experiencia directa del problema en tierra de misiones. Dice así:

“Para que pueda llegarse al amanecer de tan glorioso día, no basta una acción misionera de gran envergadura y generosa en los países infieles; hay que remover un obstáculo que impide la efectiva evangelización del mundo: obstáculo que, hemos de confesarlo aunque nos sea doloroso, no lo ponen los infieles, sino los mismos cristianos los cuales a vueltas de cismas y herejías, han despedazado la unidad de la fe, poniéndola así en descrédito ante el mundo que se quería conquistar.

Es este otro hecho al que tampoco se le ha reconocido transcendencia, pero la tiene muy grande, tanta, que al estudiar los problemas misionales hay que considerarlo con la máxima atención.

Una de las más serias dificultades con que

tropieza el apostolado en la conversión de los infieles, es la concurrencia de las sectas protestantes. Se necesita ser misionero para apreciar la magnitud del daño.

Hace unos años había en la India, 51 sociedades americanas, 65 sociedades inglesas, 65 alemanas, suecas, noruegas, indias, etc., todas ellas afanadas por dar el propio Cristo al pueblo indio.

Hablando de China, ha dicho crudamente un autor: Los misioneros han venido a decir a los chinos: Tenéis demasiados dioses. Y después les han predicado más de 160 credos cristianos diversos”.

Con esta hiriente frase queda descrita toda la trágica situación del apostolado cristiano.

Ahora bien ¿qué haríamos nosotros puestos en el caso de los paganos de buena fe, dispuestos a servir al cristianismo con tal que se les presente en toda su inconfundible belleza y unidad?

No existe ciudad ni centro misionero de mediana importancia, hasta en los países más remotos en donde no estén edificadas también una, dos o más capillas de diversas denominaciones. ¿Hacia cuál de las iglesias cristianas deberá encaminar sus pasos? ¿Estará obligado a hacer un estudio comparado de las diversas doctrinas religiosas que simultáneamente le invitan?

Quizás algunos de nuestros teorizantes se atre-

viera a exigirlo; pero en realidad para hacer tal estudio no están capacitados ni el uno por 10.000 de los infieles.

Y entonces. Entonces sucede la mayor parte de las veces que, cuando uno se siente movido a convertirse, ingresa indiferentemente en una u otra, según las circunstancias que le han impresionado, pero la grande masa termina por alejarse y desdeñar el cristianismo.

Los infieles parecen decir a todos los predicadores cristianos: Esperaremos a que os pongais de acuerdo. Ponerse de acuerdo, procurar la unión; he aquí un primer paso indispensable para las futuras grandes conquistas del mundo infiel". Así habla un misionero.

No sigo en estas graves reflexiones. Ellas demuestran que el problema de la unidad cristiana no admite la frivolidad ni la ligereza, si hemos de responder al programa de Cristo que es fundamentalmente ecuménico y universal. Me permitiréis que para cerrar este punto, transcriba lo que decía en 1947 el Obispo de Lausana, Friburgo y Ginebra, con ocasión del Octavario por la Unidad de la Iglesia. Se encontró con un estudiante chino, para quien la mayor dificultad para su fe cristiana se expresaba así: "Yo admiro a Cristo, pero ¿quiénes son sus verdaderos discípulos?"

LAS TENSIONES TEMPORALES

Pero todavía hay más. La universalidad del mensaje cristiano nos pone de cara no solamente con este problema de la unidad, sino con el problema más interesante del proselitismo, que es el problema de la adaptación. Es decir, que al indio o al japonés o al chino, al africano o al habitante de Polinesia, hay que presentarle el mensaje cristiano no solamente con plena cohesión, en todos sus puntos fundamentales, sin contradicciones internas, sino libre de toda ganga exterior, un cristianismo, que pueda acomodarse a su vida y a su cultura, que no necesite de los "postulados occidentales" para su comprensión.

Insistamos en este problema. El cristianismo es el misterio de Cristo, el Verbo hecho carne y la Revelación, en definitiva, es la "historia salutis".

En el cristianismo hay una esencia, algo que se debe llevar a todas partes y se debe defender contra todos los obstáculos y algo, que es envoltura y complemento, explicación y filosofía, encarnación concreta, proyección geográfica, reflejo temperamental, influjo de la cultura.

Pío XII decía que el cristianismo contra lo

que opinaba Jaspers “no es un objeto tardío”, un acontecimiento tardío. “Lo que a Nos importa, decía el Papa, es que la Iglesia tiene conciencia de haber recibido su misión y su tarea para todos los tiempos futuros y para todos los hombres y consiguientemente no está ligada a ninguna cultura”.

Por que el cristianismo haya encarnado en la cultura grecolatina del Mediterráneo, no quiere decir que se ha de predicar el mensaje de Cristo con esos caracteres, con esa filosofía, con esa forma de expresión y con esa aplicación a la vida, a otros pueblos, por ejemplo al Japón, o China, a la India, o a Africa. La obra del Redentor y la obra del Creador deben encontrar su fórmula de perfecta armonización. Por imperativo de justicia y no por mera cortesía o deferencia a los pueblos evangelizados, hemos de respetar las riquezas del alma indígena y el cuadro de su cultura; y este principio, que es el de la adaptación, no solamente ha de observarse en la evangelización primera de los pueblos paganos, sino en todo el desarrollo de la vida cristiana. Porque los pueblos ya cristianos siguen teniendo sus propias características que no deben desaparecer en aras de una uniformidad, que no está exigida por la unidad.

Comprendo que a veces se plantean problemas delicadísimos, como el de los ritos chinos o mala-

bares, el apostolado del P. Ricci o del P. Nobile, cuando se hace difícil el trazar la línea, que marca el límite entre lo cultural y lo religioso, entre lo que se puede aceptar plenamente o al menos tolerar y lo que se ha de rechazar de plano. Esto prueba la dificultad enorme del problema, pero deja en pie todos los principios que la Sagrada Congregación de Propaganda expresaba con diáfana claridad hace más de tres siglos, en 1659, cuando decía: “No intentéis jamás ni pidáis de ninguna manera a esos pueblos que cambien sus usos sus ritos y sus costumbres a menos que sean contrarios a la religión y a la honestidad. Nada hay más absurdo que el trasladar a China lo que es propio de España, Francia, Italia o cualquiera otra parte de Europa. No es eso lo que tenéis que llevar sino la fe, esa fe que no rechaza ni desprecia las costumbres ni los usos de ningún pueblo, siempre que no sean perversos, sino que por el contrario quiere conservarlos y protegerlos. No comparéis jamás los usos de esos pueblos con los de Europa. Por el contrario con mucha diligencia, acostumbraos a sus maneras. Admirad y alabad todo lo que lo merezca. . .

Nada provoca más odio y aversión que echar abajo los usos de un pueblo, sobre todo cuando son usos inmemoriales, recibidos de los antepasados; y peor aún, cuando se suprimen las costumbres de

un pueblo, para reemplazarlas por las del propio país”.

¿Tiene alguna relación esta doctrina de la adaptación con el problema del ecumenismo? Sin duda, si atendemos al origen de los cismas y las herejías que han sido causas de las divisiones. Y desde luego guarda estrecha relación con lo que atañe al plan de conducta que hemos de seguir todos cuantos tratamos de llegar a la unidad anhelada por la Iglesia, a través del diálogo ecuménico.

Sería altamente ingenuo decir que las herejías o los cismas son tales porque Roma o los occidentales no comprendieron el carácter germano o inglés, o no supieron comportarse debidamente en las Cruzadas. Las herejías y los cismas tiene una fría valoración teológica y jurídica, que los sitúa en su lugar y requiere un remedio teológico o jurídico. Pero examinad el origen de las separaciones y observaréis siempre la presencia de tensiones vitales que acompañan al principio, al progreso y a la permanencia continua de esas separaciones. A veces las tensiones se establecen entre regiones cercanas. Así la historia del monofisismo y el nestorianismo están íntimamente unidas con la tradicional tensión entre Alejandría y Antioquía. Geo-

grafía y política, estratos sociales y cultura, ¿quién podrá simplemente numerar las circunstancias que influyen no poco en la voluntaria posición de las actitudes y en la forma de razonar individual y colectivamente en pueblos y personas. Quizás por la vía puramente intelectual se podría convencer al adversario, mas para convencer será preciso "oír" y lo difícil, en muchos casos es hacerse oír.

En 1949, el profesor de Cambridge, H. Dodd, escriba una carta al Rvdo. Tomkins en la que se hacía resaltar la importancia de "motivos no confesados en las discusiones teológicas". Entre éstas, situaba tradiciones sociales y política, viejas cuentas históricas aún no liquidadas definitivamente, rebotes de nacionalismo, fidelidades a ultranza, respecto a puntos que no son verdaderamente específicos o diferenciales, aunque así sean considerados por una especie de orgullo colectivo.

Es muy grande el peso de los factores no teológicos en la división de las Iglesias, tales como la lengua y mentalidad, las formas de gobierno y civilización, las estructuras económicas y sociales, viejas expulsiones y antagonismos históricos.

Todo esto oscurece la verdad, origina falsas interpretaciones y da lugar a divisiones reales que nuestro buen ingenio trata siempre de justificar con otras razones de orden más alto. El recuerdo de estas cuestiones y la tendencia a la rutina y a

mantener sin revisar situaciones anticuadas, la incomprensión mutua y la tendenciosa presentación de otros grupos, contribuye a mantener abiertas y enconadas las viejas heridas.

¿Habéis seguido la vuelta de Newman al catolicismo? ¿Habéis meditado sobre la permanencia en el anglicanismo de sus compañeros Pusey y Keble? Newman era inglés hasta la médula de los huesos ("english to the core"). Decir entonces que era inglés, era afirmar que entre él y el catolicismo existía una barrera inmensa, que impedía el libre paso. Mayor que lo que hoy significa la cortina de hierro.

Porque Inglaterra era para él algo tangible y Roma algo alejado. La nación inglesa había nacido de la libertad, el catolicismo parecía sinónimo de tiranía. La tradición de la Iglesia anglicana arraigaba en el Estado, la nación, la legislación, el clero, la literatura; el catolicismo era el país desconocido tras una montaña de prejuicios. El anglicanismo era la Iglesia nacional de Inglaterra; el catolicismo la Iglesia internacional. "Verdaderamente si la Iglesia católica estuviese en la luna, Inglaterra la miraría con más atención y la observaría más de cerca que lo hace ahora".

Newman superó toda esta formidable barrera; los demás no lo hicieron, sin embargo cuando trataban de examinar las fuentes y de redactar las

hojas del movimiento tractariano, todos estaban acuerdo en que se habían situado a las puertas de otra Iglesia, la verdadera Iglesia de Cristo, que Newman reconció y los demás no acertaron a ver, sin duda por razones distintas de las teológicas, es decir, por las tensiones vitales a las que hemos aludido antes. Por todas estas tensiones se trató de justificar la "vía media", el ritualismo, el anglo-catolicismo y la teoría de las tres ramas.

Pero Newman ya católico, heroicamente católico, nos enseña el camino doloroso de los que aman la unidad y quieren de veras prepararla. Hoy podemos saludar a Newman como un verdadero campeón de la unidad cristiana que padeció persecución por su sistema, no solamente de parte de los anglicanos, a quienes quería atraer a Roma, sino también de parte de algunos católicos que le motejaron de tibio e insincero y le echaban en cara que no hacía conversiones. Espigo en su diario esta página que es un formidable programa de acción: "Dicen por ahí, Newman no hace nada. No consigue grandes conversiones y no nos explicamos cómo no suscita convertidos de gran resonancia. Debía atraer a la fe a hombres conspicuos, a hombres nobles, a hombres sabios. Los que así hablan quieren frutos inmediatos; pero no es esta mi manera de pensar. Yo creo que lo más importante no son las conversiones, sino ahora la

preparación de los católicos. La Iglesia debe estar preparada para recibir a los convertidos, tanto como los convertidos deben estar preparados para entrar en la Iglesia. Y esto es lo que no comprenden”.

Estaba Newman convencido de que Roma llevaría a Inglaterra la verdad integral; pero quería que se dosificaran las etapas de la exposición de la doctrina: “Bastante nervioso está ya el pueblo inglés, decía, al tratar de los derechos indudables del Papado, sin que haga falta, como algunos creen, lanzárselo a la cara como un guante de desafío”.

EL DIALOGO ECUMENICO

Parecidas consideraciones podríamos hacer acerca de otras figuras históricas y de otros ambientes religiosos. Con lo que hemos dicho tenemos ya bastante para darnos cuenta de que en este problema vital de la unidad cristiana son dos cosas, las que hay que atender y cuidar con especial cuidado: la doctrina y el clima. La doctrina, porque siempre hay diferencias de posición doctrinal. Los “hermanos separados” niegan éste o el otro dogma que nosotros los católicos profesamos. Y el clima, el

ambiente porque la unidad no se verificará sin previo acercamiento y el acercamiento para el diálogo requiere previa preparación del ánimo. Tal es el papel que ha de jugar lo que ya con palabra consagrada por los documentos eclesiásticos se llama ecumenismo. Podría tener como lema general, aquellas palabras del Cardenal Mercier, que solía repetir constantemente el P. Couturier: "Para unirse hay que amarse, para amarse hay que conocerse, para conocerse hay que ir al encuentro uno del otro".

Digamos ante todo que el ecumenismo no es propiamente una doctrina, sino una mentalidad, una atmósfera espiritual, que podría definirse con las palabras de Visser't Hooft, Secretario del Consejo Mundial de las Iglesias: "La cualidad y las actitudes que expresan la conciencia y el deseo de la unidad cristiana".

Por lo que acabamos de apuntar se advierte claramente que el espíritu ecuménico puede ser compartido, como "forma mentis" por personas que no comparten las mismas doctrinas. Tan sólo pediremos a quienes hayan de trabajar en este noble campo que sientan vivamente el hecho de la división entre los cristianos y que traten de preparar los caminos para la unidad cristiana anhelada por el Señor en su oración sacerdotal.

Precisamente por su misma sencillez el ecumenismo tiene ya un formidable valor de unión entre quienes lo profesan, pero al mismo tiempo puede presentar un indudable peligro: el de menospreciar la doctrina, el de favorecer un vago indiferentismo religioso, que tienda a la unión de los cristianos, con mengua de la verdad revelada.

He aquí cómo presentaba este aspecto del ecumenismo el Obispo de Brujas, Mons. De Smedt en la sesión conciliar vaticana de 19 de noviembre de 1962:

“Todos los que se honran con el nombre de cristianos —dice el Prelado belga— están de acuerdo en reconocer a Jesucristo. Todo lo que nos ha comunicado el Señor por sí mismo constituye el depósito de nuestra fe y es nuestra salvación. De esta fuente sacamos todos, los católicos y los no católicos.

Pero cuando se trata de la manera según la cual nos acercamos a Cristo, comienza la discordia. Somos hermanos separados unos de otros. Hace muchos siglos que estamos divididos. Sabemos que esta discordia es contraria a la voluntad de Cristo. ¿Cuándo cesará esta división? Durante muchos siglos nosotros los católicos hemos creído que bastaba exponer claramente la doctrina. Los no católicos tenían la misma opinión. Cada

partido exponía la doctrina en una terminología que le era propia, en su propia óptica; pero lo que decían los católicos no era comprendido por los no católicos y viceversa. Con este método de "la verdad clara", no se ha realizado, de hecho, ningún progreso hacia la reconciliación. Al contrario de lado y lado han aumentado los prejuicios, las sospechas, las querellas, las polémicas.

En el curso de estos últimos decenios se ha introducido un nuevo método. A este método se le ha llamado "diálogo ecuménico". ¿En qué consiste? En que no solamente tiene preocupación por la verdad, sino también por la manera como esta se expone, con el fin de que puedan comprenderla exactamente los demás. Los cristianos de las diversas denominaciones se ayudan mutuamente para que unos y otros puedan comprender con mayor claridad y exactitud la doctrina a la que prestan adhesión.

No es, pues, el diálogo ecuménico una deliberación o una negociación para establecer la unión, ni es tampoco un proyecto de unión, sino una tentativa de conversación. Hay de una parte y de otra un testimonio sobre la fe, testimonio sereno y objetivo, transparente, adaptado psicológicamente.

Pero no es fácil responder a este ideal ecumé-

nico. ¿Por qué? Es preciso evitar toda apariencia de indiferentismo. Una exposición ecuménica debe ilustrar fielmente la doctrina católica completa e integral sobre un tema determinado. Si no, cómo podrían los no católicos aprender de nosotros lo que enseña el catolicismo, si exponemos una doctrina mutilada, alterada, confusa? Este diálogo no se entabla para que nos engañemos mutuamente”.

Así se expuso en el Concilio Vaticano por boca de uno de los Padres Conciliares la esencia misma del espíritu ecuménico. Ya hemos advertido más arriba que esta actitud ecuménica —por fortuna para el problema— es compartida por cristianos de muchas tendencias: católicos, protestantes, anglicanos y ortodoxos orientales. Pero han sido los católicos los que más frecuentemente han señalado la importancia de examinar cada uno de los pasos, que se dan y el valor de las conclusiones a las que se llega.

En noviembre de 1961, el Cardenal holandés Alfrink decía en la solemne inauguración del Secretariado de una Sociedad bíblica católica: “La cristiandad se ha vuelto consciente del encargo recibido del Señor: estar unidos en la fe y ella está buscando la unidad a través de múltiples caminos. A nadie se le oculta que se trata de una

ruta muy difícil y larga, pero es consolador saber como ella (la cristiandad) está ya en el camino, dispuesta a oír la voz del Espíritu Santo.

Será difícil evitar rutas oblicuas o caminos no justos. En el fondo, no se puede buscar simplemente un "máximo común divisor", aunque sea importante saberlo y cuánto tengamos de común. De la misma manera nos hemos de dar cuenta de que no se trata de un nivelamiento de todas las diferentes confesiones cristianas, como si no importase qué profesión se practique, con tal que se crea en Jesucristo.

La fe en un único Señor es el vínculo precioso que nos ata a todos y nosotros hemos de darnos siempre mayor cuenta de esa unidad. Pero no debemos nunca olvidar la separación que el mundo cristiano presenta. Si el movimiento ecuménico diese como resultado solamente un "indiferentismo" cristiano, entonces nos encontraríamos más lejos del camino de la unidad que antes cuando existía verdadera agresividad. Entonces quizás éramos conscientes más de la separación que de la unidad que fundamentalmente existía. Pero la consciente participación en esa unidad real y presente no nos ha de permitir olvidarnos nunca de la dolorosa separación. Porque de otro modo buscaremos la unidad por un camino sin salida".

CARACTERES DEL METODO

Si tratáramos de describir cuáles son las características fundamentales de lo que nos atreveríamos a llamar ecumenismo católico, podríamos enumerar las siguientes condiciones:

1) Procuraremos siempre poner de relieve aquello que une a las confesiones cristianas divididas entre sí, pero jamás cerraremos los ojos ante las diferencias que las separan.

2) Hemos de mirar a la unión no solamente de los individuos, mediante conversiones particulares, sino también a la unión de grupos como tales, es decir, de las iglesias mismas en bloque y de las confesiones separadas, que colectivamente pueden unirse.

3) Admitimos que las iglesias separadas han conservado todas, en grado diverso algunos elementos positivamente eclesiales. El Cardenal Arzobispo de Montreal, decía solemnemente a este propósito: "Entre los ortodoxos orientales, los anglicanos y los protestantes hay millones de cristianos de buena fe, separados de la iglesia sin culpa suya. Gracias al sacramento del Bautismo y a la fe en Jesucristo a quien reconocen como su Salvador y Señor, están ellos unidos al Cuerpo mis-

tico de Cristo, del cual, sin embargo no son miembros en todo el significado de la palabra. En este sentido podríamos decir que la iglesia no está dividida, aunque si están divididos los cristianos”.

4) Conviene fomentar el diálogo entre los grupos distintos en un plano de igualdad sicológica, en línea horizontal, como entre hermanos separados que conversan, sin colocarse en la línea vertical, estableciendo el diálogo como entre el juez y el reo.

5) Ha de evitarse cualquier ademán de superioridad que pueda ofender la caridad cristiana, sabiendo que la fe verdadera es para todos, también para nosotros los católicos, un don de Dios.

6) Quede bien claro que no se trata de llegar a un acuerdo por mutuas concesiones, sino descubrir la esencia de la verdadera Iglesia de Cristo que imperativamente y por derecho divino se impone a todos.

7) Hemos de evitar toda polémica estéril, pero no hemos de ofender la verdad con disimulos, reticencias y falsos pretextos. Por lo que hace a nosotros los católicos nuestra doctrina deberá ser propuesta y expuesta con integralidad, sin ocultar con palabras ambiguas lo que la verdad católica enseña. A este propósito podríamos referir lo que escuchamos de labios de un ilustre periodista a su vuelta del Oriente. Había reco-

gido este periodista de labios de altas jerarquías de la Iglesia ortodoxa, palabras amables para el Sumo Pontífice de Roma. Y en el curso de la conversación habían llegado los orientales a insinuar que no habría inconveniente en reconocer al Soberano Pontífice una preminencia no solamente de honor, sino también de jurisdicción sobre todas las demás Iglesias del mundo. Pero este reconocimiento tendría su título inmediato, no en el derecho divino sino en la voluntad unánime de las Iglesias extendidas por el orbe de la tierra, que necesitando un gobernante para todo el cuerpo de la Iglesia, no le encontrarían ni más autorizado por la historia ni con más títulos personales que el Obispo de Roma. Apreciando en todo su interés este "reconocimiento" posible del Primado Romano, el interlocutor católico tendría necesidad noblemente de mostrarse insatisfecho, porque tan esencial es la prerrogativa del Primado, cuanto su título radical del derecho divino que la ampara.

8) Será conveniente desde el primer momento superar la llamada doctrina de "las tres igualdades", a saber, la igualdad sicológica, como si todas las Iglesias actuales fueran igualmente culpables de la división; la igualdad histórica, como si ninguna de las Igesias actuales fuera la Iglesia de Cristo en su totalidad y fuera necesario bus-

carla; la igualdad escatológica como si la futura "una santa" no se pudiera identificar con ninguna de las Iglesias actuales, sino que resultara de la superación de todas.

9) Pero al mismo tiempo han de estudiarse con imparcialidad las actitudes históricas concretas de todas las confesiones, incluida la católica, y no descartar la posibilidad de descubrir que, fuera del campo doctrinal se han podido cometer errores y aún muchos y graves errores de táctica, de gobierno, de atención, de cortesía, haciendo difícil o más difícil ya la continuación de la unidad cristiana, ya la recuperación de la misma, una vez que esta unidad se había roto.

10) Es necesario, por otra parte, considerar cuál es la doctrina actual de los ortodoxos y de los protestantes, es decir, conocer bien su fe, su vida litúrgica y su teología; saber lo que piensan de nuestra doctrina y en qué puntos la comprenden bien o mal. Todo esto para entablar diálogo vivo con las personas que tenemos delante y no empeñarnos en dialogar solamente con las obras de los autores que ya pasaron.

11) Examinar cuidadosamente si no existen en nuestra manera de hablar formas o formulaciones que difícilmente comprenden los no católicos. El estilo bíblico y patrístico por sí mismo

evita y previene muchas dificultades, confusiones y prejuicios.

12) No olvidar jamás que la unión entre los cristianos es obra sobrenatural y, por tanto, ha de promoverse con oración y sacrificio. Es preciso orar insistentemente, vivir la fórmula del canon de la Misa: "Pacificare, custodire, adunare et regere", sabiendo que la unidad es obra no de discusión sino de persuasión, de docilidad a las mociones del Espíritu Santo, al que sólo podremos hacer "dulce violencia", combatiendo el peligroso demonio de la discordia (*hoc genus demoniorum*), con la oración y el ayuno.

Vamos ahora brevemente a referir cuáles son las principales normas que han emanado del magisterio eclesiástico sobre esta interesante cuestión de la unidad cristiana. El problema de la unidad ha sido un problema que ha gravitado constantemente sobre la Iglesia. No podemos juzgar hechos pretéritos con criterios actuales, pero, teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, sí que podremos aseverar que nadie ha aventajado a la Sede Apostólica en preocupación y en deseo de que la unidad cristiana se mantuviera entre todos los bautizados o se restaurara cuando

por diferencias doctrinales o cuestiones disciplinares se había roto. Con este criterio han de estudiarse las tentativas de unión realizadas en los siglos XI y XIII por Papas como Gregorio VII, Urbano II, Inocencio III y Gregorio IX.

Necesitaríamos más espacio del que disponemos para estudiar lo que significaron el II Concilio de Lyon y el Concilio de Florencia, cuyos frutos permanentes fueron notablemente inferiores a lo que se había esperado. La Iglesia no ha olvidado jamás este sector del trabajo unionístico entre los cristianos y ahí están para probarlo tantos documentos de Pío IX, León XIII y San Pío X que alentaron cuantos esfuerzos se venían haciendo por la unión de los cristianos. Pero es evidente que el ambiente no estaba preparado para una labor que es honra particular de nuestro tiempo y nuestro siglo. En tiempo de Benedicto XV se establece uno de los primeros contactos oficiales entre los grupos ecumenistas, que trabajaban en el campo protestante y la Sede Apostólica. El 16 de mayo de 1919 una delegación oficial invitaba a la Santa Sede a una asamblea ecumenista. El ambiente no estaba preparado. La presencia de la Iglesia católica en aquella Asamblea, dadas las circunstancias en las que se desarrollaba, apenas hubiera producido frutos tangibles y por esto la respuesta pontificia fue la siguiente: "La doc-

trina y la práctica de la Iglesia católica, en lo que se refiere a la unidad visible de la Iglesia de Cristo, prohíben al catolicismo participar en tales congresos". Nueve años más tarde, Pío XI publicó la Encíclica "Mortalium animos" (6 de enero de 1928). Es un documento fundamental todavía vigente, en todo lo que se refiere a las posiciones dogmáticas. Aprueba plenamente el principio y el deseo de la unidad cristiana. Pero señala el peligro de los Congresos llamados "pancristianos". Indica el error del ecumenismo del tiempo aquél, que consistía en no aceptar la unidad visible de la única Iglesia de Cristo, sino en quererla reconstruir como de nuevo y buscarla ansiosamente un poco por todas partes, donde no está, y en modo alguno allí donde de hecho existe, es decir, en la Iglesia católica.

Veinte años más tarde (5 de julio de 1948) el Santo Oficio publicó una advertencia con motivo de la Asamblea de Amsterdam, en la que se constituyó el Consejo Mundial de las Iglesias. Se recuerda que aún sigue vigente la disciplina canónica del Código (Canon 1.325, párrafo 3.º) que prohíbe a los "católicos tener disputas o conferencias, sobre todo públicas con los acatólicos sin licencia de la Santa Sede o, si el caso es urgente del Ordinario local.

Hace no más de 14 años el Santo Oficio pu-

blicó una Instrucción más amplia (20 de diciembre de 1949) que comprende disposiciones disciplinarias y normas doctrinales. En cuanto a las normas disciplinarias recuerda que toda la actividad unionista es de competencia de la jerarquía eclesiástica, es decir, de la Santa Sede y de los Obispos. El Decreto reconoce la acción del Espíritu Santo en la inquietud religiosa que invade al mundo. Alaba todas las ansias de unidad, pero advierte que es preciso evitar con la máxima atención todo indiferentismo, como si todas las confesiones religiosas fuesen objetivamente iguales entre sí. La paz se ha de buscar, más para favorecerla no se deben jamás ocultar o pasar en silencio los postulados inderogables de la fe católica: "La doctrina católica, pues, deberá ser propuesta y expuesta total e íntegramente".

A quien vaya examinando atentamente los textos oficiales y las respuestas de la Santa Sede, le habrá parecido que el ambiente ha ido poco a poco preparándose más y más para el grande acontecimiento que nosotros estamos viviendo en nuestros días. Este acontecimiento en relación con el problema ecumenista es la existencia de un Secretariado oficial para la unión de los cristianos. Nació este Secretariado por el motu proprio "Superno Dei nutu", de 5 de junio de 1960. "Para mostrar de manera especial nuestro amor y nues-

tra benevolencia hacia todos cuantos llevan el nombre de Cristo, dice el Papa Juan XXIII, pero están separados de esta Sede Apostólica y para que puedan seguir los trabajos del Concilio y hallar aquella unidad que Jesucristo ha implorado del Padre Celestial en su plegaria, Nos hemos instituído un Oficio particular o Secretariado”.

Su nombre peculiar es el de “Secretariado para promover la unión de los cristianos” y su organización, según la voluntad del Papa había de ser idéntica a la de las Comisiones creadas al mismo tiempo para la preparación del Concilio. Como en éstas, en el Secretariado, se confiaba la presidencia a un Cardenal y a su lado dos grupos de colaboradores ocupaban su puesto. El primero compuesto por once miembros con derecho de voto pertenecientes a Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Suiza y Estados Unidos de América, y el segundo en el que se agrupaban quince consultores de diversas naciones del mundo.

El Secretariado era el elemento de enlace entre el Concilio y los hermanos separados. En realidad, ya antes del Concilio había realizado una espléndida labor, pero durante el Concilio puede decirse que fue el cauce por el que los observadores pudieron estar presentes a la misma elaboración de los esquemas del Concilio, ya que les era

fácil, en diálogo con los miembros del Secretariado, exponer sus puntos de vista acerca del fondo y de la forma de las mismas deliberaciones, en que intervenían los Padres Conciliares.

UNA ACCION CRECIENTE

Hemos definido antes al movimiento ecumenista como una "forma mentis". Ahora nos toca destacar cómo esa forma mentis ha llegado a establecerse en todo el mundo cristiano. Comenzaremos haciendo un breve resumen del movimiento ecumenista entre los hermanos separados y seguiremos destacando cómo ha llegado profundamente al campo católico, siguiendo las orientaciones de la Santa Sede y de la Jerarquía Episcopal.

Los antecedentes primeros del movimiento ecumenista, como ya lo hemos dejado consignado arrancan de una Asamblea misional de sociedades protestantes reunida en Edimburgo, en 1910. La primera siembra de este espíritu ecumenista en el campo protestante encarna en dos corrientes distintas entre sí, la primera que lleva por título el de "Life and Work", es decir, "Vida y acción", tiene una tendencia predominantemente práctica. Su iniciador es el arzobispo luterano de Upsala,

Natan Söderblom, que encuentra eco principalmente en Alemania y en los Países Escandinavos. En 1918 lanzó el arzobispo de Upsala la idea de un Consejo de las Iglesias para procurar la unidad. Preparó su programa en reuniones internacionales de París, Ginebra y Rusia, y convocó la conferencia de Estocolmo, articulando un programa de cristianismo práctico. Se ha criticado frecuentemente el pragmatismo de Söderblom, que hacía caso omiso de las dificultades dogmáticas para lanzar un programa de reconstrucción del mundo en la caridad de Cristo. Pero ha de tenerse en cuenta que se trata de un "pionero" que abre un nuevo terreno y no quiere enfrentarse con lo que él estima fuente de crecientes dificultades. De hecho por vez primera desde los tiempos de la Reforma, 600 delegados de las Iglesias y distintos invitados, que representaban 31 comuniones cristianas, pertenecientes a 37 naciones, se humillaron ante Dios e imploraron juntos la gracia de la unión. No se pueden leer sin lágrimas las palabras en las que aquella Asamblea invocaba al Padre que está en los cielos que es nuestro amor y que ha de ser nuestra paz, y a Jesucristo que nos ha de conciliar a todos y hacer de nosotros por medio de la cruz un solo cuerpo.

El movimiento "Vida y acción", 12 años después, tuvo su segunda conferencia general en Ox-

ford, en 1937. Se reunieron 40 países. La falta de base doctrinal hizo que los asambleístas trataran de establecer contacto con el otro movimiento que había sido impulsado por el Obispo anglicano Ch. Brent, con la ayuda de un seglar, Robert N. Gardiner, cuyo nombre ha de ser recordado como uno de los grandes iniciadores del ecumenismo. Este movimiento fundamentalmente doctrinal se tituló "Faith and Order", es decir, "Fe y Constitución". Los adherentes a este movimiento pertenecían a la Iglesia anglicana y a la Iglesia ortodoxa, con grupos de rusos exilados. Su propaganda se extendió, principalmente, por el próximo Oriente y llegaron respetuosamente hasta el trono de Benedicto XV, que los recibió complacido, aunque declinó enviar representante a su primera conferencia, reunida el año 1927, en Lausana. A la conferencia de Lausana siguió la conferencia de Edimburgo. La iglesia, los ministerios, los cultos, los sacramentos y la gracia, eran las materias más directamente tocadas por las deliberaciones de los asambleístas.

Estas dos tendencias, el cristianismo práctico y el cristianismo doctrinal en las Iglesias separadas o no católicas, llegan a establecer contacto permanente sin mengua de su autonomía en la Asamblea de Amsterdam, celebrada en el año 1948, en la cual se fundó el Consejo Mundial de las Igle-

sias (World Council of Churches) que desde entonces ha presidido el movimiento ecuménico protestante y ortodoxo en el mundo entero. El Consejo Mundial de las Iglesias tiene su sede en Ginebra y ha sido descrito con las siguientes palabras, por su principal organizador y teólogo el Doctor W. A. Visser't Hooft: "El Consejo Mundial de las Iglesias no puede pretender el ser la Iglesia universal, tampoco es un simple organismo que se limita a promover el encuentro de las Iglesias o a alentar sus trabajos en común, sino un medio de manifestar la unidad cada vez que el Señor se lo permita y un método, gracias al cual la Iglesia universal dispone de un medio de manifestarse de una manera más estable y más efectiva. En resumen, el Consejo Mundial de las Iglesias es una asociación fraternal de las Iglesias que aceptan a nuestro Señor Jesucristo como Dios y Salvador".

En Amsterdam, 150 iglesias se encontraron agregadas al Consejo Mundial; hoy sobrepasan ya el número de las 190.

La vida del Consejo Mundial de las Iglesias ha seguido creciendo sin interferir la vida de los movimientos federados de "Fe y Constitución" y "Vida y Acción". Así, el año 1954, se celebró una Asamblea general en la ciudad americana de Evanston, cerca de Chicago, donde se trató el te-

ma "Cristo única esperanza del mundo". Se hizo revisión de la labor realizada desde la anterior asamblea, se redactó un mensaje común a todas las Iglesias, y se reunieron más de 500 delegados que representaban 162 iglesias y 42 países.

El año 1961, se celebró la tercera Asamblea del Consejo Mundial de las Iglesias en Nueva Delhi (India). A ella asistieron cinco observadores católicos. Leyendo las referencias de esta gran Asamblea, se advierte con gozo que el Movimiento ecumenista mundial entre los hermanos separados va creciendo. Sus ansias de unidad llegan a fórmulas más expresivas, aún cuando a nosotros los católicos, todavía no nos parezcan definitivas. Representan ya 198 Iglesias distintas afiliadas al Consejo, a las que se les calcula entre 350 a 400 millones de seguidores. Como muestra del avance que para los protestantes representa la doctrina de la unidad, transcribimos el pasaje central del informe que describe esta aspiración de la Iglesia:

"Nosotros creemos que la unidad que es al mismo tiempo don de Dios y su voluntad para la Iglesia, se hace manifiesta cuando, en un mismo lugar, todos los que están bautizados en Jesucristo y lo confiesan como Señor y Salvador, son conducidos por el Espíritu Santo a una comunidad total, confiesan la misma fe apostólica, predicán el mismo evangelio, participan del mismo

pan, se unen en una oración común con miras a una vida comunitaria que se irradia en el testimonio y en el servicio de todos, y al mismo tiempo, se encuentran en comunión con el conjunto de la comunidad cristiana en todos los sitios y en todos los tiempos, de tal modo que el ministerio y la calidad de los miembros son reconocidos por todos y todos puedan actuar y hablar conjuntamente según las circunstancias, a fin de que se cumplan los fines a que Dios llama a su pueblo. Creemos que debemos orar y trabajar en pro de semejante unidad”.

Al lado de estos movimientos, que se despliegan en solemnes congresos y asambleas, será preciso que hagamos una somerísima referencia a otras actividades más íntimamente espirituales que en orden alcanzar la unidad cristiana se desarrollan en el mundo protestante. En la pequeña población de Taizé, departamento de Saona y Loira, existe una comunidad religiosa dedicada a la oración y al trabajo, presidida por el hermano Roger Schutz y entregada a orar por la unidad cristiana. La comunidad protestante de Taize se ha hecho presente a través de sus miembros más destacados en diversas reuniones católicas. En ellas, han tenido ocasión de explicar su espíritu y exponer sus ilusiones en este problema. Véase como muestra este párrafo, tomado de unas de-

claraciones con ocasión de la Semana de Oraciones para la unidad de los cristianos, después de la primera etapa del Concilio Vaticano II: "A través de la invitación dirigida a los observadores no católicos del Concilio, hemos adquirido conciencia de la valentía de Juan XXIII, el cual ha admitido entre los suyos, en la más profunda intimidad de la familia católica a personas extrañas a su Iglesia. A nosotros nos toca hacernos solidarios de la misma valentía de Juan XXIII.

Comprender al que no piensa como nosotros, adivinar sus razones más íntimas es un ejercicio que universaliza nuestro corazón. Nuestra inteligencia nos enseña que en la Iglesia las diversas actitudes son complementarias con tal de que se esté animado de la caridad de Cristo. Es indiscutible que el Concilio ha enriquecido el movimiento ecuménico, ha suscitado entre los cristianos no católicos del mundo entero una grande esperanza, ha despertado en ellos una conciencia ecuménica que dormitaba, ha liberado fuerzas y ha promovido un dinamismo creador aún entre los protestantes". Así habla un protestante.

Semejante a esta comunidad de Taize, vive en Suiza, en la orilla norte del lago de Neuchatel, otra comunidad de Hermanas dedicada a la oración por la unidad cristiana. Pertenece a la misma Iglesia protestante que Taize. Todavía podríamos

citar a la comunidad francesa de Pomeyrol y a la comunidad alemana de Darmstadt, que además llevan el nombre de Hermanas Ecuménicas de María. Todas estas comunidades protestantes con otras más, nos dan a entender que los caminos de la unidad se van abriendo, a través de estos medios sobrenaturales de la oración y la mortificación.

ECUMENISMO CATOLICO

Terminamos esta lección con algunas consideraciones sumarias acerca de las perspectivas que para el ecumenismo ofrece nuestro ambiente católico. Puede decirse que, en estos últimos años, ha sido plenamente ganado para esta nobilísima causa. Otra vez recurre a nuestra mente el recuerdo del Papa Juan XXIII y del camino abierto por su gran corazón en el problema de la unidad de los cristianos. ¡Cómo olvidar las palabras que pronunció en su primer discurso como Pontífice Romano, abriendo su corazón a los hermanos separados y señalando la línea de todo su Pontificado en este orden ecuménico!

—decía— “Abrazamos con ardiente y paternal amor tanto a la Iglesia occidental, como a la

oriental; incluso a aquellos que están separados de esta Sede Apostólica, donde Pedro vive en sus sucesores hasta la consumación de los siglos y que, por mandato de Jesucristo tiene la misión de atar y desatar cualquier cosa en la tierra y ser el Pastor de todo el rebaño del Señor. A estos Nos les abrimos nuestra alma más amorosamente y extendemos nuestros brazos abiertos.

Al abogar por su retorno a la casa del Padre común, repetimos aquellas palabras del divino Redentor: Santo Padre no te olvides de aquellos que me has dado. Pueden ser lo mismo que nosotros somos. Así pues, habrá un solo rebaño y solo Pastor. Rezamos a Dios para que puedan venir todos jubilosa y libremente y para que ocurra esto con la inspiración y la ayuda de la gracia divina. No encontrarán una casa extraña, sino la suya propia, que ya en tiempos remotos fue hecha esplendorosa por la famosa sabiduría de sus antepasados y adornada por sus virtudes”.

A esta línea ha respondido la gran empresa del Concilio Ecuménico Vaticano II que no es un concilio de unión, pero que indudable está destinado a preparar su ambiente; a esto la creación del Secretariado para la Unión de los Cristianos, que nace con las Comisiones preparatorias del Concilio y las sobrevive. Trabaja al lado de las Comisiones conciliares propiamente dichas y con

un rango muy semejante y de una u otra forma ha de perdurar, en la vida de la Iglesia, fiel a la línea de conducta, que el Papa mismo le había fijado al crearlo. Todo el ecumenismo católico puede hoy día seguir sus orientaciones, seguro de no perder el camino.

Nosotros los católicos, sabemos muy bien lo que significa "tener espíritu ecuménico", que no es ni más ni menos que tomar en serio la enseñanza del Nuevo Testamento, según la cual todo válidamente bautizado queda orgánicamente unido a Cristo, se convierte en miembro del Cuerpo Místico de Cristo, y, por tanto, también de la Iglesia, aunque no sea miembro de ella en sentido pleno, en cuanto esté separado de ella.

"Por tanto, diremos con el Cardenal Bea, tener espíritu ecuménico, significa interesarse con verdad y caridad por todos los bautizados, hermanos nuestros, unirse a Cristo Sumo Sacerdote, haciendo todo lo posible para que todos los bautizados queden plena y visiblemente unidos a la Iglesia y entre sí, con la profesión de una misma fe, con el uso de los mismos Sacramentos, a través de la sumisión a los sagrados Pastores unidos entre sí y con el Sucesor de Pedro, el Romano Pontífice".

La Iglesia católica nos ha señalado cuales son los caminos más eficaces para conseguir esta

unión. Ante todo el camino sobrenatural de la oración, pero acompañada y mantenida por una fe capaz de trasladar las montañas; pues en nuestro caso son verdaderas montañas de obstáculos las que hemos de superar. La oración ha de ir acompañada también de la acción y primero de una auténtica vida cristiana, constituida especialmente por lo que Cristo mismo señaló como la característica de su enseñanza y el distintivo de sus discípulos, a saber, la humildad y la caridad. Porque de ambas nacerá una profunda estima mutua una fraternal ayuda y cooperación hasta donde sea posible.

“Estos medios, sigue diciendo el Cardenal Bea, pueden ponerlos en práctica, no solamente los sacerdotes, los religiosos y los militantes del apostolado seglar, sino toda clase de fieles, con las cautelas ordinarias que la materia pide y la formación que es necesaria para evitar el peligro del indiferentismo”.

Pero aún se puede dar un paso más. “La conocida instrucción del Santo Oficio sobre el movimiento ecuménico advierte también un medio especial que se refiere a los que deben ser guías del pueblo cristiano. Se trata de la colaboración con nuestros hermanos separados en los campos que no se refieren directamente a la fe: por ejemplo, en las actividades sociales, asistenciales, en

la defensa de los derechos humanos hoy tantas veces conculcados: los derechos de la libertad religiosa, el respeto a la vida humana, el interés por la paz mundial y los medios para protegerla. Es evidente que esta colaboración requiere siempre mucha prudencia y cautela para no poner en peligro nuestra propia fe y para no crear confusio- nismo. Por ello se deben seguir las sabias normas que la Iglesia ha dado a este respecto, y trabajar bajo la dirección de la autoridad eclesiástica in- mediata, es decir, la diocesana”.

Queda además el “diálogo” directo con los hermanos no católicos. Diálogo reservado a las personas de sólida formación teológica, mantenido siempre con prudencia y paciente caridad, con el conocimiento y bajo la dirección de la autoridad de la Iglesia. El diálogo puede ser de viva voz, puede difundirse también por revistas y libros, puede centrarse en trabajos especiales de asam- bleas y congresos. Un diálogo permanente y abier- to es el que mantiene el Secretariado para la Unión de los Cristianos. Todos estos son caminos de unidad.

En el catolicismo han florecido muchas obras concretas por las cuales se canalizan estos medios

de trabajo. Comenzando por el de la oración nos toca describir brevemente lo que se ha llamado "la Semana de la Unidad Cristiana". Su apóstol incansable el sacerdote francés Paul Couturier decía de ella que es "el fundamento del ecumenismo". Se desarrolla, como plegaria universal, del 18 al 25 de enero y tiende a obtener el concurso de todos aquellos que sirven a Cristo Hijo de Dios, Redentor y Salvador para esta gran empresa de la paz y la unidad entre los cristianos. En la forma actual data esta Semana de la plegaria universal de hace pocos años. Se celebró por vez primera en Lyon en enero de 1936, bajo el patronato del Cardenal Gerlier y desde entonces no ha cesado de extenderse por el mundo entero.

La Semana de la Plegaria Universal tiene sus antecedentes. Podríamos citar la novena de Pentecostés para apresurar "la obra de reconciliación de los hermanos separados" que León XIII instituyó en 1895. Pero sobre todo ha de contarse como inmediato antecedente de esta Semana de la Unidad Cristiana a lo que nosotros hemos llamado corrientemente el "Octavario por la Unión de las Iglesias", que nació en medios protestantes por iniciativa del Pastor episcopaliano Lewis Thomas Wattson en los Estados Unidos y el Pastor Spencer Jones en Inglaterra. Aunque el mo-

vimiento nació en el protestantismo, sin embargo tuvo desde el principio una clara orientación hacia la unión de todos los hermanos separados con Roma. El Pastor Watson se convirtió al catolicismo y obtuvo la aprobación para su proyecto de San Pío X. Más tarde, el Papa Benedicto XV dio a conocer a todo el mundo la práctica del Octavario y el año 1921, la Comisión Protestante del Movimiento "Fe y Constitución" aceptó oficialmente esta práctica de oración universal por la unidad cristiana. Hoy el Octavario por la Unión de las Iglesias, con el matiz propio de la Semana de la Unidad Cristiana, puede decirse que ha ganado el mundo entero y ha incorporado a católicos y separados.

Las almas fervientes que han penetrado toda la importancia de esta cooperación sobrenatural, mediante la plegaria organizada, han dado origen a una liga de oraciones de carácter mucho más amplio, que ha adoptado el título de "Monasterio invisible de la unidad cristiana". El nombre de "monasterio" es una alusión a su medio principal que es la oración, el apelativo de "invisible" a la sencillez extrema de su organización. Lo que sí pide es un ofrecimiento pleno o una totalidad de intención o de ofrenda, para alcanzar de lo Alto la ansiada unidad entre todos los cristianos. El sufrimiento constante por el espectáculo del

“Cristo roto”, la alegría por cada uno de los pasos que hacia la unidad se van dando en los grupos cristianos y la amistad ecuménica derivada de la fe fundamental en el Señor, son las tres características principales de su orientación ascética.

Al lado de estos movimientos espirituales que riman tan admirablemente con el carácter sobrenatural de la obra, nos cumple ahora trazar un breve elenco de los centros principales dedicados en la Iglesia católica a la formación de apóstoles de la unidad. Estos apóstoles seguirán una línea, que ha tenido grandes precursores. ¿Quién puede olvidar el nombre de Moehler o el de Newman, la ruta luminosa que dejaron el Padre Fernando Portal y el Cardenal Mercier, la técnica maravillosa de las conversaciones de Malinas y tantos otros ejemplos que pudieran traerse a colación?

Quizás uno de los hombres a quienes más se debe el ecumenismo moderno es el benedictino Don Lambert Beauduin, que murió el 11 de enero de 1960, con la admiración y simpatía de católicos, ortodoxos y protestantes, sin ninguna nota discordante. Este hombre excepcional había sido ganado para el ecumenismo en 1921, cuando profesaba teología fundamental en el Colegio San Anselmo de Roma, y tuvo ocasión de establecer contactos directos con Obispos y monjes del Me-

dio Oriente. En 1925, Dom Beauquin fue el instrumento elegido para la fundación de un priorato, que en 1939 se trasladó a Chevetogne, donde existe con una comunidad de monjes, mitad de rito oriental mitad de rito latino dedicados enteramente a estudiar los problemas religiosos del Medio Oriente y a fomentar la unión de los católicos con los ortodoxos. Su revista "Irenikon" es el instrumento principal; en ella se van publicando estudios profundos y puede decirse que se mantienen en la vanguardia misma del orientalismo unionista.

En París, el centro Istina fundado por el R. P. Dumont, dominico, se consagró hace ya tiempo al estudio de las cristiandades orientales, sobre todo al de los problemas que Rusia plantea a la Iglesia católica en cuestiones religiosas, tanto por lo que se refiere a la separación religiosa en sí misma, cuanto a la situación persecutoria creada por el régimen soviético. Pero el año 1948, experimentó la necesidad de extender su trabajo al ecumenismo en todo su conjunto. Se convirtió entonces Istina en un admirable centro de difusión de espíritu ecuménico a través de sus cuatro rúbricas, "Russie et Chretiente", "Chretientés Orientales", "Orient-Occident" y "Problemes de L'oeumenisme". Quizás sea la publicación católica que ha penetrado más profundamente en el área de

las confesiones separadas, a juzgar por el parecer del Consejo Mundial de las Iglesias de Ginebra. La actualidad ecuménica está recogida de manera admirable en su Boletín mensual "Vers l'Unite chretienne".

En Alemania dos instituciones de carácter oficial realizan un buen trabajo ecuménico. La "Una Sancta" y el "Instituto Mœhler". El Movimiento "Una Sancta" fue fundado antes de la guerra por el Doctor M. J. Metzger, ajusticiado por Hitler por su denuedo en defender el cristianismo contra el neopaganismo. La obra publica una revista, órgano de vulgarización doctrinal, que acepta la colaboración de autores no católicos; está netamente orientada hacia la pastoral y es la revista ecuménica más popular entre el clero alemán. Por otra parte, la "Una Sancta" organiza por toda Alemania conversaciones entre católicos y protestantes, sin irenismos y bajo la vigilancia de la jerarquía eclesiástica.

No es necesario que detallemos más. Basta citar obras semejantes en otras muchas naciones, como la Sociedad de San Juan Crisóstomo que trabaja en Inglaterra y pasó del campo de la beneficencia al del unionismo, como la Pía Asociación de San Nicolás de Bari y la Asociación Católica para el Oriente cristiano que funcionan en Italia, como la Asociación Internacional "Unitas"

a través de cuya revista, en italiano, francés, inglés y español, llega el pulso ecuménico hasta los últimos confines de la tierra. Son católicos todos sus miembros, pero admite como "amigos" a todos los demás. Y así podríamos hablar de Austria, de Holanda, de los Estados Unidos. En Holanda la "Conferencia Católica para las cuestiones ecuménicas" agrupa a una cincuentena de especialistas del mundo entero, bajo la dirección de Mgr. Willebrands, que ocupa ahora el cargo de Secretario general del Secretariado para la Unión de los Cristianos.

Por lo que hace a España es de justicia destacar la obra del CEOR (Centro de Estudios Orientales), que realiza una intensa propaganda encaminada al mejor conocimiento del Oriente cristiano y a la "Re-Unión" de los hermanos separados.

No tratamos de agotar nuestra exposición. Simplemente queríamos dar a entender que, en todos los terrenos, desde la plegaria popular hasta el de la alta investigación se jalonan obras y hombres, en el catolicismo y fuera de él, dispuestos a aportar su esfuerzo más generoso por la re-

solución de este angustioso problema, siguiendo todos los caminos hacia la unidad cristiana.

¿Podemos hacer nosotros alguna cosa? Desde luego, señores, podemos buscar y encontrar nuestro puesto y ocuparlo con buena fe. Hablando en un centro universitario, no es necesario que yo afirme que nos incumbe la tarea de conocer más profundamente a nuestros hermanos separados y penetrar en su alma religiosa. Con los criterios de firmeza, cortesía, caridad y generosa comprensión que nos deben siempre acompañar nuestra acción será fecunda.

Pienso además que en España podría darse un gran impulso a un movimiento ascético, semejante a ese que en Francia se llama el "Monasterio invisible", con lo que nuestro cristianismo se haría más vivo y palpitante, más profundamente comprensivo y más inclinado a mirar todos los problemas con esa orientación "planetaria" que han de tener nuestros ideales cuando se trata de la gloria del Señor.

Y termino con una evocación. En Lyon en un pequeño cementerio situado cerca de Nuestra Señora de Fourviere descansa un sacerdote cuya vida se gastó plenamente en este empeño de procurar la unión de los cristianos. Se llamaba, ya le conocemos, Paul Couturier. Una inscripción sobria dice sobre su tumba: "El fue un apóstol de la

unidad de las Iglesias". Su sepulcro ha sido lugar de peregrinación para muchos otros que siguen sus huellas y uno de estos, el anglicano Benedicto Ley observó: "Mejor que "fue" habría de decir, el "continúa siendo" y será el apóstol de la unión de las Iglesias, porque miles de católicos, protestantes y ortodoxos de toda Europa visitan esta tumba cada año".

Yo quisiera hacer mío su lema, "ex igne, lux", que significa: "del fuego sale la luz". Ciertamente, del fuego de la caridad hacia nuestros hermanos saldrá la luz que guíe nuestros pasos en la marcha a la unidad. Del fuego de la caridad, porque muchas verdades sólo pueden entenderse cuando hay amor. Decía Couturier que la separación de las Iglesias no fue efecto de la rebeldía de este hombre del Oriente o de aquel otro del Norte de Europa, sino efecto de los pecados de toda una época y concluía que la causa de la actual separación, pertinazmente mantenida a lo largo del tiempo, es también colectiva en su raíz, a saber depende de la languidez de la vida cristiana actual.

Con lo cual Couturier nos ha enseñado dos cosas, primero a tener en carne viva la conciencia constante de la separación entre los cristianos y segundo a curar esa llaga con una reforma a fondo de la vida cristiana.

Dictamos las últimas ideas de esta solemne lección inaugural cuando el mundo entero se halla conmovido aún, por la muerte del Papa Juan XXIII. Su figura gloriosa ha logrado centrar la atención de todas las religiones del orbe, particularmente de las confesiones cristianas. En Estados Unidos y en Inglaterra, en el corazón de la vieja Europa y en el medio oriente hombres de "credos" distintos se han sentido impulsados no solamente a dedicarle un recuerdo de afecto en sus "servicios religiosos", sino a unir sus fórmulas de oración, pidiendo al Señor el descanso eterno de aquella alma gigante y la continuidad de su obra de caridad y de paz en el mundo entero.

Este elocuente hecho ha venido a demostrar que aquellos contactos que se realizaron durante la vida del gran Pontífice con la visita del entonces primado anglicano Dr. Fisher, del obispo presidente de la Iglesia episcopaliana de los Estados Unidos, Dr. Lichtemberg, del presidente de la Convención baptista, Dr. Jackson, del moderador de la Asamblea de las Iglesias de Escocia, Dr. Craig, eran algo más que una meritoria cortesía. No eran la unidad cristiana, pero iniciaban su camino.

Deseamos cordialmente que el cielo bendiga todos estos contactos. Trabajamos por la Verdad, unidos en la oración y en la caridad.

INDICE

Introducción	7
Luces y sombras	9
Ecumenismo y misión	16
Las tensiones temporales	21
El diálogo ecuménico	28
Caracteres del método	34
Una acción creciente	43
Ecumenismo católico	50

Se terminó de imprimir
en Santander,
el día 27 de junio de 1963,
en el
Taller de Artes Gráficas
de
Gonzalo Bedia.

(Viene de la solapa anterior)

Misterium doloris, Pedro Laín Entralgo.

La Historia y el Presente, José Antonio Maravall.

Vigencia actual de Menéndez Pelayo, José Corts Grau.

Menéndez Pelayo en el Santander de su tiempo, José María de Cossío.

La canción mozárabe, Francisco Cantera.

Autenticidad y formalismo en la labor docente, Carlos Jiménez Díaz. (Agotado).

La arquitectura española en la época de Carlos V, Modesto López Otero.

La lengua española en la época de Carlos V, Manuel García Blanco.

Los caminos escabrosos de la Europa posbélica, Camilo Barcia Trelles.

La revolución científica, Gregorio Millán Barbany.

Velázquez o la salvación de la circunstancia, Enrique Lafuente Ferrari.

Nuevo escorzo de Góngora, Gerardo Diego.

El Museo del Prado, Francisco Javier Sánchez-Cantón.

Lope de Vega como novelador, Francisco Ynduráin.

Rodrigo Gil de Hontañón en Segovia, Marqués de Lozoya.

El Ecumenismo. Los caminos de la unidad cristiana, Doctor Eugenio Beitia Aldazábal.

DISTRIBUIDORA:
Sociedad General Española
de Librería. Evaristo San
Miguel, 9. MADRID (8)

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 01017 4052

